

## EL TIEMPO Y LAS COSAS EN LA POESÍA ÚLTIMA DE DIONISIA GARCÍA

Las dos últimas obra publicadas de Dionisia García —*Interludio (De las palabras y los días)* y *Diario abierto*—, mantienen una relación estrecha que se apoya en la especial visión temporal de unos temas y motivos, y en una voz poética más acendrada y madura.

De los muchos aspectos que merecería la pena analizar dos son los que me interesan al enfocar este trabajo: el tratamiento del tiempo y el valor de los objetos.

En poemarios anteriores —*El vaho en los espejos*, *Antífonas*, *Mnemosine*, *Voz perpetua*— notábamos una decantación por el análisis de la percepción del tiempo y de las cosas, y por el valor poético y salvador de la memoria; pero es en *Interludio* y en *Diario abierto* donde estos conceptos alcanzan una expresión más nítida y obsesiva.

*Interludio (De las palabras y los días)* —El Bardo, 1987— consta de 45 poemas, jalonados por citas de Leonard Cohen, Jorge Guillén, Fernando Pessoa, Rainer M. Rilke y Giacomo Leopardi, que se intercalan asimétricamente en el poemario estableciendo hitos y posibles signos que luego se hallarán recurridos en los poemas. Significativa la cita de Guillén:

Miro hacia atrás, hacia los años, lejos.  
Y se me ahonda tanta perspectiva  
que del confín apenas sigue viva  
la vaga imagen sobre mis espejos.

Y de Leopardi:

Ningún deleite en este mundo dura  
ni se detiene, sino la esperanza.

Los poemas de *Interludio* se muestran como un conjunto muy estructurado donde es posible hallar como un eje el tiempo profundamente humanizado de la propia existencia, o de la propia conciencia —que a veces lo mismo da— que la poeta va enhebrando con los múltiples aspectos del vivir. Anécdotas distintas, elementos del paisaje y objetos antes cotidianos la conducen por los corredores de la memoria a un tiempo remozado:

Posible la emoción de las tardes plácidas  
en la calle de tierra,  
jugando al tres en raya,

a querernos a los nueve años.  
(...)  
La parra en el mismo lugar.  
Ya no nos conocemos, ni es de tierra la calle.

(*Interludio*, pág. 33)

En el momento propicio, en la quietud morosa de la tarde o en el sosiego de la noche, acuden recuerdos de una vida recobrada, quizá más extensa, más voluntariamente propia:

Recuerdo los atardeceres  
bajo el árbol y su aroma,  
donde un día me anunciaron  
la entrega del arca  
con los vestidos de mi madre,  
a quien no conocí.

(*Ib.*, pág. 32)

Destilan los poemas un «dolorido sentir» garcilasiano; sentimiento vivo por lo que se pierde, ajeno ya, o nos abandona, marchito, y que sin embargo permanece en una especie de presencia-ausencia interior. Desdoblamiento constante y doloroso de Dionisia que bucea en las huellas de un tiempo prendido en las cosas y en la memoria. Algunas veces el poema, como «Adiós a un lugar», es un jirón del alma; otras veces el desafío temporal queda resuelto en la amable cotidianidad.

Infancia, olvido, mar, tiempo, la casa, los libros, sensaciones, silencio..., son palabras en las que la vida se remansa. Están apenas matizadas, recuperando significados plenos, y conservan su valor primigenio a la vez que se enriquecen textualmente con connotaciones riquísimas.

El uso nominal hace que los objetos se adelanten a primer plano y adquieran un perfil propio:

¿Aspirar a otras cosas? Tienes tus libros, la casa,  
y algunas horas para abrir esa puerta,  
tras la cual todo te pertenece.

(*Ib.*, pág. 53)

Evocar las cosas, mirarlas, nombrarlas nuevamente, hermanarse con ellas, porque son como puntadas que fijan las vivencias en la tela de la memoria, o como señales que nos orientan en sus laberínticos corredores:

Invoquemos de nuevo la alegría,  
el sencillo vivir entre las cosas.

(Ib., pág. 47)

Cosas, tiempo y emoción. En «Epístola» nos hablará del «sentimiento por cosas demoradas».

¿Pueden los objetos configurar el mundo o, al menos, una imagen del mundo? Así parece cuando determinan la estructura enumerativa y caleidoscópica del poema «Hace veinticinco años». Calles y avenidas, mañanas de lluvia, luminosas noches, muchachas de teñidos cabellos y collares de bisutería, carteles de Brigitte Bardot, vino de Burdeos, el Sena gris azulado, la vieja dama del sombrero violeta, gatos de angora y Monna Lisa; imágenes caóticas de objetos que reconstruyen frecuentemente el entorno y la existencia.

Al poema le va bien la soledad y muchos poemas de *Interludio* la reflejan, pero la poeta prefiere encontrar el aliento de los otros. Tal vez por eso traslada con frecuencia el «yo» hasta el «nosotros», empeñándose en implicarnos, como en «¿Solos?»:

Soledades ahuyenta quien nos mira,  
quien sabe compartir aquello que aprendimos,  
y con nosotros se conmueve  
ante las mismas cosas.

(Ib., pág. 70)

El poema «Horas mansas» es buena muestra de la sustancia medular de *Interludio*. Es el poema de lo cotidiano cuando deja de ser trivial, cuando llegamos a saber que la vida está hecha de instantes únicos y trascendentes. Así, la casa antigua, los cuencos de barro, las alcobas que guardaron los juegos infantiles, los libros viejos, la luz del huerto, y «el racimo de olor que invadía la estancia», se convierten en tiempo desgranado y motivan, a la vez, el deseo supremo de recobrarlo.

A diferencia de libros anteriores, y sin prescindir de la concienzuda elaboración intelectual, aquí es mucho más concreta. La visión de la persona mediatizada por el tiempo y las cosas es la del hombre confabulado con su entorno, en solidaridad con él y envuelto en su existencia. Ello no evita ciertas abstracciones al buscar una perspectiva algo más lejana y concluyente. Otras veces, sugerentes silencios expresan la actitud de conocimiento.

La relación de Dionisia García con la poesía es larga y granada. Ya desde los primeros libros de poemas había mostrado su habilidad para conjugar una visión intelectualizada del mundo y, más concretamente, del propio entorno vital, con la ensoñación lírica del mismo. En *Interludio* ese maridaje se vence hacia un intencionado lirismo y el resultado es un poemario más íntimo, emotivo y cálido, porque los sentimientos están emotivamente razonados y las ideas enraizadas en la vida.

Para este fondo temático Dionisia García busca una expresión sencilla, austera, y sin embargo, rotundamente armónica. Las palabras se llenan de contenido y la elipsis juega su más noble función estilística. La economía del lenguaje, lejos de escatimar imágenes, suscita y suelta nuestra imaginación, dejándonos ante múltiples y connotadas respuestas:

Domingo pueblerino de tardes, ya tristeza.  
Campanario, vencejos, en el cielo limpísimo.  
Balcones entornados, solas aceras.  
Reluce el cinemá con Humphrey Bogart.  
A rastras nos llevaban hacia el dolor del lunes.

(Ib., pág. 26)

Versos aventados, expresión depurada que busca las combinaciones más eufónicas de la cadena. Esta contención elegante solo es posible mediante el dominio de la palabra. Si entendemos que todo lo que puede ser expresado posee ya una forma de realidad porque es la palabra una fuerza vivificadora, desafiante, contraria al destino. Entenderemos entonces que el poema es verdad, y no importa qué injerencias o impulsos lo motiven, ni desde qué recóndito ámbito llegue, como ocurre en el poema «Tarde de marzo»:

Aspiro a ti poema, porque a mi vista el mar y las gaviotas,  
y el rayo solar de las seis y media.  
(...)  
Qué misterio me vienes a enseñar, qué soledad presente,  
junto al alud de otras historias viejas,  
deseosas de aparecer en otra vida mía.

(Ib., pág. 54)

Los versos finales del poema «Salvados del olvido» nos introducen en su último libro publicado:

Imprecisos sucesos  
entre múltiples biografías,

y el caminar por el mundo de las cosas.  
(...)  
Cuantos seres amé, salvados del olvido.

(Ib., pág. 27)

*Diario abierto* —Trieste, 1989— sugiere desde el título la preocupación por la temporalidad entendida como continuo fluir. Dos partes, *Edades* y *Mirador*, organizan los 42 poemas del libro. Su trabazón temática y formal le da consistencia de un canto acordado y armónico en el que no hay disonancias, pero sí riqueza de matices. Si el tiempo le otorga unidad, la valoración de la experiencia y la percepción enriquece y diversifica su complejidad. En los poemas hay un «ahora» y un «antes», enlazados y a veces confundidos por la memoria.

El tiempo se abandona en los objetos y parece haberse detenido en ellos; engañosa ilusión, porque su continuo devenir va provocando alteraciones en el entorno y en la conciencia. La quietud es una falacia porque solo lo mutable y efímero está en la dimensión de lo real. Quizá sea ese el sentido de estos versos:

Sacrifico la única rosa  
en la necesidad de algo tangible.

(*Diario abierto*, pág. 47)

Esta es una poesía de lo cotidiano, de lo concreto y anecdótico, que exige de la poeta una actitud contemplativa y morosa para bucear en el tiempo inmanente que fluye con ritmo subjetivamente lento. Tiempo de soledad, de meditación, de sosiego, de melancolía, pero siempre de cordial emoción. La soledad ahora, a diferencia de *Interludio*, no significa aislamiento ni abandono; es el recogimiento necesario que convoca la creación. El mismo planteamiento frente al tema del tiempo la conduce a una estimulante adhesión al entorno. Lejos de angustiarse, la poeta interpreta los signos que la rodean para obtener un conocimiento, válido desde su perspectiva, del mundo en que vive.

Reveladoras son las palabras de Francisco Ayala al decir que «nosotros tenemos que conocer nuestro mundo especialmente caótico para sentirnos en él ni desconcertados, ni perdidos, ni abrumados por la inquietud y la complejidad de sus dificultades, ni abandonados y flotando a la deriva como náufragos». (*Introd. a las C.C. Sociales*, pág. 19).

Le es imposible a Dionisia García hablar de tiempo y vida sin hablar de memoria y olvido. La precipitación de las cosas en el vacío temporal es menos dramática gracias a la acción salvífica de la memoria, que impulsada por sensaciones presentes hacia la recreación de escenas líricas necesita el principio

emocional, porque «marginada la emoción —dice Vicente Ramos— la memoria se queda en puro esqueleto».

Podríamos llamar a éstos «poemas del tiempo y de las cosas»; ellas son las que se precipitan en el tiempo y en su caída arrastran imágenes efímeras, desgastadas, que dejan impronta melancolía en el recuerdo:

Las cosas...  
... solo el fervor de las cosas,  
su obediente compañía.

(Ib., pág. 26)

También en los anteriores poemarios, especialmente en *Interludio*, los objetos tienen valor propio, pero en *Diario abierto* llegan a ser personajes que pueblan la memoria. Es como si hubieran logrado apresar fragmentos del tiempo en su desvaída forma, y esperasen en quietud y tras serena mirada, devolver recompuestas historias pasadas. Así es posible entender cómo el viejo aparador, las tazas de loza, la caja de té..., no solo evocan un pasado, sino que son, en sí mismas, fragmentos de ayer.

Los objetos se convierten en eficaces hitos del pasado, y melancólicos testimonios del tiempo:

Aquí conmigo, objeto.  
Repaso los contornos:  
el rojizo color, el dorado herrumbroso.  
Lyons tea  
sobre la tapa, decorado de damero y leones.  
Qualité de luxe. Export by (1929).  
La vieja caja y su olvidado origen,  
junto al papel, presencia.

(Ib., pág. 19)

Como vemos, la poeta proyecta sobre los objetos el hervor de su propia y acendrada cordialidad que les hace partícipes de su existencia. Recordemos el poema «El fervor de las cosas», y señalemos algunas palabras: luz, poema, casa, horas, paisaje, fervor, cosas, compañía..., vemos que se engarzan en un contexto emocionado, más intuitivo que lógico, de expresión contenida.

Pueden los objetos, sobrecargados de emoción vital, alcanzar un dominio exacerbado sobre la persona y atenazarla en el recuerdo haciéndola vivir solo en el pasado. En este momento los objetos se vuelven inútiles, porque la

rememoración es deseable cuando enriquece el presente y lo intensifica. Así ocurre en el poema «De la entrega»:

Alquilad esta casa  
y sus enseres.  
Todo puede servir para otras vidas.  
Quizá la pasión nueva transforme lo cansado.  
(...)  
Alquilad esta casa que nos detiene y fija,  
paralizados en las huellas de cada cosa,  
al amparo de un solo manantial,  
de una quimera.

(Ib., pág. 33)

Una luz tenue y tamizada proyecta los contornos y acaricia los perfiles de las cosas hasta descubrir su presencia absoluta. Es entonces cuando adquiere consistencia real aunque, paradójicamente, el lector sepa que la mayoría de ellos están entrevistados a la luz de la memoria.

Al hablar del mundo sensorial en *Diario abierto*, fácil será recordar a Proust o a Miró. También aquí el olor, un olor arcano, se corporeiza en estos objetos menudos, como en el poema «Aromas de secano»:

Añoro las viñas otoñales, su fruto sazonado,  
los pámpanos con gotas de rocío.  
Tiempo atrás, casi parece un sueño,  
de cepa en cepa iba.  
El oloroso mosto manchaba nuestras manos,  
y nos lucía en la besana el alba.  
Tierra fuerte. Aromas de secano;  
maneras de sentir una cosecha,  
y ver el vino en las redomas,  
de mano en mano.

(Ib., pág. 43)

A través de un complejo de sensaciones se ha metido el paisaje en el alma, y con él el tiempo de la infancia y la adolescencia, que deja conmocionado el espíritu. No obstante en *Diario abierto* la experiencia temporal no se plantea exasperadamente, sino como resultado y cauce de la propia vida. Si la conciencia capta este devenir en toda su inexorabilidad, también es capaz de propiciar el efecto consolador del recuerdo. Es entonces cuando se produce esa imbricación



Nos reclama este tiempo.  
Placentero recuerdo los jubilosos años, ya prescritos.  
Cantar aquéllos que la vida llevan,  
y siente el corazón, y desazonan.  
Los que nos dan la luz de cada día  
y ofrecen el milagro de la naturaleza,  
con tantas otras cosas como nos acompañan.  
Aprovecha las dádivas, los posibles gozos,  
llegando mansamente al postrer día,  
sin conceder palabras quejumbrosas.

(Ib., pág. 58)

*Ana Cárceles Alemán*  
Real Academia Alfonso X el Sabio, 1991  
Homenaje al Profesor Juan García Abellán